

# LA PASION DEL SEÑOR

*Tanto amó Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo Unigénito, a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que tengan vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve*<sup>1</sup>.

La vida de Jesús en la tierra se gasta en el cumplimiento de esta Voluntad divina, que *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*<sup>2</sup>. Desde que inicia sus pasos entre nosotros, todos los gestos y las palabras de Cristo manifiestan ese afán redentor que le devora: *con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado*—dice en una ocasión a sus discípulos— *¡y cómo me consumo mientras que no lo veo cumplido!*<sup>3</sup>. Otra vez, propone a los que le escuchan esta parábola: *si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se hubiere descarriado, ¿no dejará las noventa y nueve en los montes y se irá en busca de la que se ha perdido? Y si por dicha la encuentra, en verdad os digo que ella sola le causa mayor complacencia que las noventa y nueve que no se le han perdido*<sup>4</sup>. Muy poco antes de la Pasión, afirma: *Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas*<sup>5</sup>.

(1) *Ioann.* III, 16-17.

(2) *1 Tim.* I, 4.

(3) *Luc.* XII, 50.

(4) *Matth.* XVIII, 12-13.

(5) *Ioann.* X, 11.

Este fuego, este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre, llena toda la vida de Cristo, desde su mismo nacimiento en Belén. A lo largo de los tres años que con Él convivieron los discípulos, le oyen repetir incansablemente que su alimento es hacer la voluntad de Aquel que le envía (cfr. Ioann. IV, 34). Hasta que, a media tarde del primer Viernes Santo, se concluyó su inmolación. Inclinando la cabeza, entregó su espíritu (Ioann. XIX, 30). Con estas palabras nos describe el Apóstol San Juan la muerte de Cristo: Jesús, bajo el peso de la Cruz con todas las culpas de los hombres, muere por la fuerza y por la vileza de nuestros pecados <sup>6</sup>.

### *Muerto por nuestros pecados*

Es ésta una verdad central de la fe cristiana, que siempre deberemos meditar: *Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras* <sup>7</sup>. Una verdad que sólo podremos entender —en lo que está de nuestra parte— si consideramos el amor inmenso de Dios hacia sus hijos los hombres, porque *lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que, cuando aún éramos pecadores, al tiempo establecido, murió Cristo por nosotros* <sup>8</sup>.

Pudo Dios habernos salvado de otra manera; sin embargo, con Voluntad soberana quiso que el Verbo divino se encarnase y nos redimiera. Y aun así, también el Verbo encarnado, Jesucristo, podía habernos redimido de un modo menos cruento y doloroso, porque cualquier acción de Jesús —Dios y hombre verdadero— era capaz de saldar la deuda de nuestros pecados; pero quiso llegar al extremo: *en esto hemos conocido la caridad de Dios: en que dio su vida por nosotros* <sup>9</sup>, ya que *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* <sup>10</sup>. Se cumplió así lo que habían anunciado los profetas; *fue él, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores (...). El cas-*

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

(7) I Cor. XV, 3.

(8) Rom. V, 8-9.

(9) I Ioann. III, 16.

(10) Ioann. XV, 13.

tigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros <sup>11</sup>.

*La sangre del Justo era necesaria para borrar el decreto condenatorio de los pecadores*, enseña San Agustín, refiriéndose no a una necesidad absoluta, sino al plan que Dios había trazado libérrimamente. Y añade, en el mismo sentido: *era necesario el ejemplo de paciencia, el ejemplo de humildad; era necesaria la señal de la Cruz para vencer al diablo y a sus ángeles. Nos era necesaria la Pasión de Nuestro Señor, porque por ella fue redimido el mundo. ¡Cuántos bienes obró la Pasión del Señor!* <sup>12</sup>.

Para agradecer esos bienes infinitos y enamorarnos más de Dios, que se ha abajado tanto por nosotros, conviene meditar frecuentemente la vida de Jesucristo, especialmente las escenas de su Pasión y de su Muerte, que lo muestran tan asequible a nuestra mirada, lleno de dolores y dispuesto a compadecerse de nuestras flaquezas. *Vino Cristo para sanar nuestras miserias: tuvo hambre y sed, sufrió el cansancio y se quedó dormido; hizo cosas admirables y padeció tormentos; fue azotado, coronado de espinas, escupido, abofeteado, clavado en el madero, herido por la lanza, sepultado; pero resucitó al tercer día, una vez acabados los padecimientos y vencida la muerte* <sup>13</sup>.

Para llegar a Dios hemos de tomar el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo. Por eso he regalado desde el principio —comentó muchas veces nuestro Padre— tantos libros de la Pasión del Señor: porque es cauce perfecto para nuestra vida contemplativa. Y por eso está también dentro de nuestro espíritu —y la procuramos alcanzar cada día— la contemplación del Santo Rosario, en todos los misterios: para que se meta en nuestra cabeza y en nuestra imaginación, con el gozo, el dolor y la gloria de Santa María, la vida ¡pasmosa! del Señor, en sus treinta años de oscuridad..., en sus tres años de vida pública..., en su Pasión afrentosa y en su gloriosa Resurrección <sup>14</sup>.

(11) *Isai.* LIII, 4-6.

(12) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 61, 22.

(13) San Agustín, *Sermo* 181, 5.

(14) De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967, en *Crónica*, 1972, p. 727.

Es antigua devoción de la Iglesia meditar la Pasión de nuestro Dios, escuela de todas las virtudes y bálsamo capaz de sanar todas nuestras miserias. *Leamos constantemente la Pasión del Señor* —recomendaba San Juan Crisóstomo—. *¡Qué rica ganancia, cuánto provecho sacaremos! Porque al contemplarle sarcásticamente adorado, con gestos y con acciones, y hecho blanco de burlas, y, después de esta farsa, ahofeteado y sometido a los últimos tormentos, aun cuando fueres más duro que una piedra, te volverás más blando que la cera y arrojarás toda soberbia de tu alma*<sup>15</sup>.

Hijos míos —repetía también nuestro Fundador—, *una vez más os aconsejo lo que vengo predicando desde el comienzo: amad la Humanidad de Jesucristo. Pasmaos ante la magnanimidad de Dios, que se hace Hombre para que le tratemos. Pensad cómo nos ha amado; a la humanidad entera y a cada uno.*

*¡Amad la Santísima Humanidad de Jesucristo! No hay en esto nada de sensualidad, nada de equivocación. Al contrario, es amar el paso de Dios por la tierra. Os repito que se lo hacía ya considerar a los primeros que vinieron junto a mí. Quería hacerles descubrir que tenemos la obligación de amar a Jesús, que se anonadó, haciéndose como nosotros, para que pudiéramos amarle con más facilidad*<sup>16</sup>.

### *El escándalo de la Cruz*

Son innumerables los textos de la Sagrada Escritura, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, que nos hablan del sufrimiento redentor de Cristo. Todos los años, durante la Semana Santa, la Iglesia hace que leamos el relato de su Pasión; y en el Sacrificio de la Misa se reproduce realmente cada día, en forma sacramental, esa inmolación de Jesús en la Cruz. *¡Mirad cuán grande empeño puso el Señor en recordarnos constantemente que murió por nosotros!*, comenta San Juan Crisóstomo. Y

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 87, 1.

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 18-VIII-1968, en *Crónica*, 1968, p. 988.

es que, como habían de venir Marción, Valentín y Manes, que negarían esta economía redentora, El recuerda continuamente su Pasión por medio de la Eucaristía, a fin de que nadie pueda ser engañado <sup>17</sup>.

De igual modo que en los tiempos apostólicos y durante toda la historia de la Iglesia, no faltan en nuestros días quienes no quieren aceptar que Dios haya muerto en un madero; el drama de la Cruz sigue siendo motivo de escándalo para los judíos, y parece una locura a los gentiles <sup>18</sup>. Lo desvirtúan con explicaciones que terminan suprimiendo el valor redentor y divino de los sufrimientos de Cristo. Hay ahora unas teorías, una falsa ascética que habla del Señor como si estuviera en la Cruz, rabioso, diciendo a los hombres: yo estoy aquí en la Cruz, y por eso os clavo también a vosotros en ella.

¡No!, hijos míos. ¡Eso no es! El Señor padecía como hombre por nuestros pecados, y sentía todos los dolores: de los azotes, de la coronación de espinas, y de las bofetadas, y de la burla... Pero está en la Cruz, con la dignidad de Sacerdote Eterno, sin padre ni madre, sin genealogía. Allí se entrega sufriendo por amor. Le doy gracias porque por El, con El y en El, yo me puedo llamar hijo de Dios <sup>19</sup>.

En otra ocasión, nuestro Padre decía: viene a mi memoria algo que sucedió hace muchos años. Estaba dirigiendo un retiro espiritual y, en una de las meditaciones, traté de la Pasión del Señor. Había hecho mucho hincapié en que no fue sólo el pecado original la causa de esos tremendos sufrimientos de Jesús, sino también los pecados personales, los de cada uno: mis miserias, las miserias de los que me escuchaban. Me sentí conmovido, y se conmovía también la gente. Pero cuando terminé, se me acercó una de esas personas que, sin saber siquiera el catecismo de la doctrina cristiana, se tienen a sí mismos por teólogos; y me dijo: "¿Por qué tanto sufrir, y hacer sufrir con la Pasión de Cristo? ¿Por qué hablar tanto de que nuestros pecados han originado la Pasión de Cristo? ¿Por qué, si Dios no puede padecer, hablar de los padecimientos de Cristo?"

Me puse a su altura de teólogo, me hice todo lo pequeño que pude, sonreí y le dije que recordara lo que había estudiado en el catecismo: que

(17) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 82, 2.

(18) I Cor. 1, 23.

(19) De nuestro Padre.

Dios tiene todas las cosas presentes, que no hay para El ni pasado ni futuro; y que, por tanto, Cristo Jesús, dejándonos libres, conocía todas nuestras traiciones, durante su pasión y en la Cruz. Padeció por las traiciones de aquel señor y por las mías, y por las de todos los hombres que habían de venir a la tierra <sup>20</sup>.

Como el Apóstol San Pablo, *nosotros predicamos a Cristo crucificado* <sup>21</sup>, sin pretender desdibujar los contornos, violentos y dolorosos, de estas escenas de la Pasión. También San Pedro, antes de ser confirmado en la fe, se escandalizó de los sufrimientos de Cristo y quiso disuadirlo de marchar a Jerusalén. Pero el Señor le replicó: *¡apártate de mí Satanás! (...), porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres* <sup>22</sup>.

Oigan esto cuantos se avergüenzan de la Pasión y de la Cruz de Cristo, comenta San Juan Crisóstomo. *Porque si el Príncipe de los Apóstoles, aun antes de entender claramente este misterio, fue llamado Satanás por haberse avergonzado de él, ¿qué perdón pueden tener aquellos que, después de tan manifiesta demostración, niegan la economía de la Cruz? Porque si el que así fue proclamado bienaventurado, si el que tan gloriosa confesión hizo, tal palabra hubo de oír, considerad lo que habrán de sufrir los que, después de todo eso, destruyen y anulan el misterio de la Cruz* <sup>23</sup>.

### *Contemplar la Pasión*

La unión íntima de cada uno con Cristo necesita ese conocimiento completo de su vida, también del capítulo de la Cruz. El cristiano encuentra así la estrechez del sufrimiento y del dolor, y a su través continúa marchando en pos de Cristo. *De Tomás de Aquino se afirma que él decía que su libro era el Crucifijo: ¡su libro! En aquella época, un libro*

---

(20) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.

(21) I Cor. I, 23.

(22) Matth. XVI, 23.

(23) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 54, 4.

tenía una importancia capital, era un tesoro, porque había pocos; ahora, en cambio, hay muchos libros que destruyen la fe y la dignidad del hombre.

Que sea nuestro libro *Jesús crucificado*, que sea nuestro libro *María al pie de la Cruz*, fuerte, recia, pero mujer y Madre, con todos los dolores sobre su Corazón, abrumada, que necesita una palabra de cariño, de consuelo: sobre todo de amor para su Hijo, que está enclavado en el madero, ¡con aquella crueldad inhumana! <sup>24</sup>.

Hemos de contemplar una y otra vez la Pasión de Cristo: en nuestra meditación personal, en los misterios dolorosos del Rosario, en el Viacrucis... Una contemplación sin palabras, pero dejando que el corazón reaccione y se duela arrepentido: Jesús en el huerto de Getsemaní, con aquel sufrimiento que le lleva a sudar sangre; Jesús herido por las burlas y los golpes en casa de Anás y de Caifás; Jesús flagelado y coronado de espinas; Jesús con la Cruz auestas, insultado, escarnecido; Jesús que sufre en silencio tantos dolores físicos y morales: *he dado mis espaldas a los que me herían, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba. Y no escondí mi rostro ante las injurias y los esputos* <sup>25</sup>. Hemos de verle así: *despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada* <sup>26</sup>.

¿Cómo nos comportaríamos si viésemos a nuestros padres injustamente deshonrados, maltratados, si los encarcelasen sin culpa? Es seguro que iríamos a consolarlos, a demostrarles con nuestra compañía el cariño que les tenemos; a manifestarles, así, que no creíamos aquellas acusaciones; y estaríamos dispuestos a luchar, para que se impusiese la verdad.

Pues eso mismo hemos de hacer con Dios. Es necesario que nuestro corazón reaccione: ver y vivir la Pasión, poner nuestras espaldas cuando lo azotan, ofrecer nuestra cabeza a la corona de espinas <sup>27</sup>.

Jesús sufre en soledad todas estas afrentas: *maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores. Fue arrebatado por un juicio inicuo, sin que na-*

(24) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.

(25) *Isaí. L, 6.*

(26) *Isaí. LIII, 2-3.*

(27) De nuestro Padre.

die defendiera su causa, cuando era arrancado de la tierra de los vivientes y muerto por las iniquidades de su pueblo<sup>28</sup>. Solamente su Madre, las santas mujeres y el discípulo amado estarán al pie de la Cruz, en los últimos momentos, llenos de dolor y de pena. *El Señor fue flagelado, y nadie le ayudó; fue afeado con salivas, y nadie le amparó; fue coronado de espinas, y nadie le protegió; fue crucificado, y nadie le desglavó; clama diciendo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Matth. XXVII, 46), y nadie le socorre. ¿Por qué esto? ¿A qué se debe tan gran padecimiento? Todo lo que padeció es el precio de nuestro rescate* <sup>29</sup>.

No se contentó Cristo con sufrir un poco: quiso agotar el cáliz del dolor, sin regatear padecimientos. *Padeció de los gentiles y de los judíos, de los hombres y de las mujeres, como se ve en las sirvientas que acusaron a San Pedro. Padeció también de los príncipes y de sus ministros, y de la plebe (...). Padeció de los parientes y conocidos, pues sufrió por causa de Judas, que le traicionó, y de Pedro, que le negó.*

*De otra parte, padeció cuanto el hombre puede padecer. Pues Cristo padeció de los amigos, que le abandonaron; padeció en la fama, por las blasfemias proferidas contra El; padeció en el honor y en la honra, por las irrisiones y burlas que le infirieron; en los bienes, pues fue despojado hasta de los vestidos; en el alma, por la tristeza, el tedio y el temor; en el cuerpo, por las heridas y los azotes* <sup>30</sup>. Además, no era una sola parte, era el cuerpo entero lo que se le maltrataba: la cabeza, por la corona; el rostro, por las bofetadas y los esputos; las mejillas, por los cachetes; el cuerpo entero por los azotes, por la desnudez, por el manto de púrpura, por la fingida adoración; la mano, por la caña que le pusieron en ella para que hiciera de cetro; la boca, por el vinagre que le ofrecieron en su sed... <sup>31</sup>.

Si además tenemos en cuenta que esa crueldad era el castigo que se infligía a un miserable, que hubiese cometido crímenes contra la humanidad, pensad en el dolor de Jesús. A la fuerza, aunque tenía todo aquel in-

(28) *Isaí. LIII, 7-8.*

(29) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 21, II, 8.

(30) Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 46, a. 5.

(31) San Juan Crisóstomo, *In Matthaicum homiliae* 87, 1.

finito amor divino y toda aquella inconmensurable capacidad de padecer, también eso sería un padecimiento: la deshonra, un ladrón a la derecha y otro a la izquierda como compañeros de victoria, aunque vencerá sólo uno: el que se arrepiente, el que se duele, el que considera que el Señor no tiene sobre sí culpa alguna para recibir ese castigo, el que tiene caridad. Hijos míos, vamos a llenarnos de arrepentimiento <sup>32</sup>.

También María Santísima sufrió con la Pasión de Cristo, místicamente crucificada, Corredentora junto a su Hijo por un título especialísimo y único. Y con Ella sufrieron los que amaban a Jesús, aunque su flaqueza les llevara a esconderse en aquellos momentos. *Ved aquella familia de origen completamente sobrenatural en torno a Jesús, invita nuestro Padre: la Virgen, los Apóstoles, las santas mujeres. ¡Quién sabe si no estaban por allí Joaquín y Ana, viejos, viejos como dice la tradición que ya eran cuando nació la Santísima Virgen!*

*A mí me gusta considerar las cosas de este modo, a lo divino y a lo humano; y saber que todos padecieron, porque Jesús sufría. Especialmente su Madre, que sabía que aquel padecimiento era de algún modo necesario, porque su Hijo había venido para eso al mundo: para manifestar su divinidad y para que las gentes, y también aquel pueblo hebreo, fueran redimidos.*

*Cuando hagáis el Viacrucis, que es devoción estupenda, considerad bien esos momentos terribles, en los que llevan a Jesús como a un cordero que es conducido al matadero. Pensad que fuéramos uno de nosotros. Yo ya no tengo a casi nadie en la tierra; vosotros sois jóvenes y tenéis muchas personas de vuestra familia: ¡cómo sufrirían ante vuestra deshonra! Porque a Jesús, sobre todo, le deshonraron: dijeron que no era el Hijo de Dios, que era un mentiroso, un engañador; le echaron en cara que era el hijo del carpintero. No recordaron que era descendiente de David. Luego, después de la deshonra, el sufrimiento físico: lo baldan a correazos, se mofan de El, quieren su muerte y la consiguen (...).*

*Hijos míos, no dejemos solo a Jesús: tengamos una gran devoción a Cristo crucificado y una devoción tiernísima, filial, a Santa María, Madre*

(32) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.

de Dios y Madre nuestra, que está de pie, fuerte, traspasada de dolor, sola o casi sola, junto a la Cruz.

Hijos, pensad por vuestra cuenta. Decidle algo al Señor y decidle algo a su Madre: lo que diríamos a la madre nuestra si la viéramos así: ofendida, maltratada, con los ojos de gente malvada sobre ella. Y todo, por el amor de su Hijo, crucificada con el deseo, llena de oprobios y de humillaciones.

Insisto en que nos puede servir, este acompañar a Santa María, como medio para tener presencia de Dios. Especialmente, porque podemos tener la seguridad de que son muy pocos los que la acompañan hoy en la tierra: la atacan, la ofenden como ofendían a su Hijo, le arrancan las vestiduras de sus grandes privilegios, se le dirigen toda clase de injurias (...).

¡Madre de Dios y Madre nuestra!: creemos todo lo que ha enseñado la Iglesia a lo largo de los siglos, y lamentamos ese abandono en que algunos te dejan, por su falta de piedad. He dicho poco: por su falta de respeto, o más aún, por el desprecio de un elemento fundamental y amabilísimo —el amor tuyo— para la vida interior de los cristianos <sup>33</sup>.

### *Frutos de vida cristiana*

Contemplar la Pasión y Muerte de Jesús, conmoverse ante esa figura divina que nuestra malicia y nuestros pecados han clavado en el madero, es recio ejercicio de vida cristiana, que necesitamos si de verdad queremos conocer, seguir e imitar a Cristo. Pero conviene que profundicemos en lo que nos revela la muerte de Cristo, sin quedarnos en formas exteriores o en frases estereotipadas. Es necesario que nos metamos de verdad en las escenas que revivimos (...): el dolor de Jesús, las lágrimas de su Madre, la huida de los discípulos, la valentía de las santas mujeres, la audacia de José y de Nicodemo, que piden a Pilato el cuerpo del Señor.

Acerquémonos, en suma, a Jesús muerto, a esa Cruz que se recorta sobre la cumbre del Gólgota. Pero acerquémonos con sinceridad, sabiendo

(33) *Ibid.*

encontrar ese recogimiento interior que es señal de madurez cristiana. Los sucesos divinos y humanos de la Pasión penetrarán de esta forma en el alma, como palabra que Dios nos dirige, para desvelar los secretos de nuestro corazón y revelarnos lo que espera de nuestras vidas <sup>34</sup>.

El primer fruto de esta contemplación ha de ser un horror grande al pecado, que ha sido la causa de tantos padecimientos. *Meditemos en el Señor herido de pies a cabeza por amor nuestro*, invita nuestro Padre. *Con frase que se acerca a la realidad, aunque no acaba de decirlo todo, podemos repetir con un autor de hace siglos: El cuerpo de Jesús es un retablo de dolores. A la vista de Cristo hecho un guiñapo, convertido en un cuerpo inerte bajado de la Cruz y confiado a su Madre; a la vista de ese Jesús destrozado* <sup>35</sup>, ¿quién no llorará con lágrimas de arrepentimiento, de verdadero dolor? ¿Qué corazón tan duro, qué voluntad habrá tan encallecida en el pecado? La meditación de la Pasión alejará de nosotros las incitaciones al mal, *porque allí donde se representa la muerte de Cristo, no puede reinar el pecado. Es tan grande la fuerza de la Cruz de Cristo que, si se pone ante los ojos y se retiene fielmente en el espíritu, de manera que el alma contemple atentamente la misma muerte de Cristo, ningún mal deseo, ninguna pasión, ningún movimiento de enfado o de envidia podrán prevalecer* <sup>36</sup>.

Hemos de ver así a nuestro Dios: *traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados* <sup>37</sup>, y enseñar a todas las almas que Jesús sufre por los pecados de los hombres. *Es posible* —exclamaba nuestro Padre— *que en pocos sitios del mundo se sigan considerando ahora las cosas así. Por eso, cerrados los ojos de la carne, abierta el alma nuestra a la contemplación y a la luz de hechos históricos y divinos, renovemos un acto de contrición, de compunción: pidamos perdón al Señor por aquellos azotes y por aquellas espinas, por aquella Cruz, por aquellos hierros que le cosen al madero, por aquella lanza que va a atravesar su costado, por la hiel y el vinagre que ponen como consuelo en su boca, por las risas, por los vilipendios, por las burlas* <sup>38</sup>.

(34) *Es Cristo que pasa*, n. 101.

(35) *Es Cristo que pasa*, n. 95.

(36) Orígenes, *Commentarii in Romanos* 6, 1.

(37) *Isai.* LIII, 5.

(38) De nuestro Padre, *Meditación*, 15-IX-1970.

Hace ya muchos años vi un cuadro que se grabó profundamente en mi interior. Representaba la Cruz de Cristo y, junto al madero, tres ángeles: uno lloraba con desconsuelo; otro tenía un clavo en la mano, como para convencerse de que aquello era verdad; el tercero estaba recogido en oración. Un programa siempre actual para cada uno de nosotros: llorar, creer y orar.

Ante la Cruz, dolor de nuestros pecados, de los pecados de la humanidad, que llevaron a Jesús a la muerte; fe, para adentrarnos en esa verdad sublime que sobrepasa todo entendimiento y para maravillarnos ante el amor de Dios; oración, para que la vida y la muerte de Cristo sean el modelo y el estímulo de nuestra vida y de nuestra entrega <sup>39</sup>.

Los dolores de Cristo y de su Madre piden de nuestra parte una vida más santa, más mortificada y penitente: son aguijón que remueve nuestra tendencia a la comodidad y al aburguesamiento, que nos saca de una vida fácil y tranquila. Amo tanto a Cristo en la Cruz —escribió nuestro Fundador—, que cada crucifijo es como un reproche cariñoso de mi Dios: ...Yo sufriendo, y tú... cobarde. Yo amándote, y tú olvidándome. Yo pidiéndote, y tú... negándome. Yo, aquí, con gesto de Sacerdote Eterno, padeciendo todo lo que cabe por amor tuyo... y tú te quejas ante la menor incomprensión, ante la humillación más pequeña... <sup>40</sup>. Considerando todo lo que sufrió por amor nuestro, venceremos las tentaciones, soportaremos con alegría la injusticia, el dolor, cualquier clase de pena que el Señor permita para purificarnos.

\* \* \* \* \*

¡Verdaderamente es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! —Te “metiste” en la Llaga santísima de la mano derecha de tu Señor, y me preguntaste: “Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, ¿qué no harán las cinco, abiertas en el madero?” <sup>41</sup>. Por eso, cuando la carne quiere recobrar sus fueros perdidos o la soberbia, que es peor, se encabrita, ¡a las Llagas de Cristo! Ve como

(39) *Es Cristo que pasa*, n. 101.

(40) *Via Crucis*, XI estación, punto 2.

(41) *Camino*, n. 555.

*más te conmueva, hijo, como más te conmueva; mete en las Llagas del Señor todo ese amor humano... y ese amor divino. Que esto es buscar la unión, sentirse hermano de Cristo, consanguíneo suyo, hijo de la misma Madre, porque es Ella la que nos ha llevado hasta Jesús* <sup>42</sup>.

De la Pasión de Cristo mana continuamente un raudal de gracia, que nos llena de serenidad ante cualquier circunstancia de la vida. *Por eso, hijos, saquemos el deseo y la realidad de estar siempre junto a Santa María, al pie de la Cruz. Y de consolarla, y de leer en ese libro que es Cristo crucificado: para llenarnos de paz, de alegría y de deseos de santidad* <sup>43</sup>.

(42) De nuestro Padre, Meditación *El camino nuestro en la tierra*, 26-XI-1967, en *Crónica*, 1972, pp. 727-728.

(43) De nuestro Padre, Meditación, 15-IX-1970.